Reflexiones previas: la complejidad crecientedel pasado

Miguel Rivas Venegas

La reivindicación de la «memoria justa» y de las «memorias heridas», como diría Paul Ricoeur en *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido,* se ha convertido en prioritaria tras el advenimiento y cristalización institucional de los populismos de extrema derecha. Si el acto de reconstrucción memorialística —ejercido individual o colectivamente— tiene algo de ejercicio arqueológico, en el que se extrae de las arenas del pasado aquello que se desea recuperar y se entierra de nuevo lo no deseado —en acto, nuevamente, de memoria y olvido—; si la muy sugerente metáfora del «arqueólogo ambicioso y pasional» que nos ofrecía Haro Tecglen en «El pasado no existe» fuera trasladada al contexto político actual, bien podría decirse que en la era de los *alternative facts* han adquirido importante protagonismo político los arqueólogos alternativos. Trump y su espacio ideológico Alt-Right —aletargado, temporalmente doblegado, pero en absoluto derrotado— es quizás el más visible de todos ellos.

La sobresaturación de estímulos visuales, de información carente de contexto que preocuparía a Walter Benjamin en un mundo todavía mucho menos condicionado por el consumo frenético de imágenes y contenidos, nos sitúa en un escenario en el que, como aquel de la siempre inquietante fantasía distópica de la serie de culto *Black Mirror,* nos hemos convertido en consumidores frenéticos de ítems descontextualizados. El agotamiento crónico colectivo —que diría Chul Han en su célebre *La sociedad del cansancio*— genera así sociedades de «histeria colectiva» como las descritas por Bifo Berardi y da paso irremediablemente a las reconstrucciones políticas de pasado y presente: nuestra desconexión con el pasado, el consumo promiscuo de información huérfana de cualquier contexto y nuestra concepción descoyuntada del tiempo como presente perpetuo nos hace vulnerables a los arqueólogos políticos y pone la memoria colectiva de los pueblos en serio compromiso.

Los ejercicios políticos no solo de desmemoria, sino de manipulación fragrante del pasado reciente y del presente, de la memoria colectiva de los ciudadanos, hacen

aún más urgente la recuperación de testimonios y memorias arrinconadas; justifican más que nunca el papel de anarchivos, contrahistorias y ejercicios de antagonismo; de narraciones desde «abajo», como planteaba ya la propia noción de *alltagsgeschichte* (en su formulación original alemana) o microhistoria, a la que hemos querido otorgar visibilidad y dar protagonismo en la concepción de este libro. Si la «historia pequeña» o la historia diaria era necesariamente reivindicable cuando se empezara a hablar de ella en la academia germana de los ochenta, su defensa se ha convertido en más urgente en un tiempo en el que la memoria se ha transformado en el acto frío de la acumulación de datos.

El tosco ejercicio de transformación de significado en torno al mero concepto de memoria como capacidad acumulativa no anuncia nuevamente un siempre político fin de la historia —como se reivindicase en momentos históricos muy diversos—, pero sí el fin de las historias pequeñas. Las experiencias individuales a favor del *big data,* nuevo ídolo de una posmodernidad desmemoriada, nos sitúan en un escenario política, cultural y socialmente inquietante: nos encontramos atrapados, como advierte Chul-Han, en una «memoria total de tipo digital» en la que sin embargo no se registra la vida. El clamor de Jorge Semprún —superviviente de los campos de concentración y embajador de la memoria de pleno derecho— cuando presentase *La escritura o la vida* adquiere mayor actualidad día a día: frente a la estadística distanciada, nos decía el escritor, debe defenderse el testimonio individual, personal y literario; aquel «Yo lo vi», como declarase Goya en una de sus estampas de la guerra, reivindicando el valor del recuerdo y vivencia individual, del trauma personal; del testimonio pequeño, en definitiva, que bien puede considerarse el mayor de todos ellos.

Si bien es cierto que los estudios de memoria sí han registrado un cambio de paradigma y han trasladado el foco de los lugares del trauma a los cuerpos y mentes receptoras del suceso traumático —concediendo, por tanto, mayor importancia al sujeto individual y a los colectivos como transmisores de la memoria traumática; ejemplificando el paso del *Lieux de mémoire* de Pierre Nora al *Embodying Memory* de Ribeiro de Menezes—, el devenir político y social no transita estrictamente por los mismos senderos que el pensamiento y la producción académica.

El contexto político en la era de lo posdemocrático se antoja aún más amenazador que aquel de lo tecnológico. La era de las *fake news* y de los «hechos alternativos» demanda reacciones de resistencia memorialística llamadas a llevarse a cabo desde la producción académica, las instituciones y el pensamiento científico para hacer frente a las tentativas de olvido impuesto y de olvido obligado al que pretenden arrastrar a la ciudadanía algunas fuerzas políticas. La lucha en torno a la verdad y a la defensa de la memoria colectiva no constituye un problema político exclusivo del espacio español ni un fenómeno que pueda limitarse al ejercicio nocivo de actores políticos de ámbito ibérico y justifica, junto al propio interés que posee *per se* la confrontación de casos

de estudio correspondientes a diversos espacios geográficos y procedentes de diferentes ámbitos académicos —las ciencias políticas, la historia del arte, la sociología, la museología, la literatura—, la perspectiva estrictamente transnacional que hemos deseado darle a nuestra publicación.

Las políticas del olvido —no enunciadas de este modo, pero sí ejercidas a ultranza desde el espacio ideológico Alt-Right y por algunas derechas tradicionales, ahora transformadas— se han convertido en denominador común de una política de nuevos cesarismos que viene a oponerse a las lecturas poscoloniales de la historia o al estudio riguroso de las violencias de Estado. Esta lucha por la imposición de narrativas alternativas orquestada desde algunas esferas de lo político como némesis predilecta de la memoria explica y contextualiza en gran medida la constitución de los populismos de extrema derecha y de las autodenominadas derechas Alt-Right. Plataformas políticas que han crecido como grandes «movimientos de resentimiento» como los definiera Reinhard Olschanski, aglutinando bajo su amplio paraguas ideológico a una gran cantidad de los llamados «perdedores de la globalización». Descontentos con su presente, aquellos que han abrazado las verdades alternativas de la extrema derecha, su reconstrucción ideológica de lo contemporáneo, también parecen estar disconformes con el pasado: el apoyo creciente a partidos que quieren imponer nuevos relatos en torno al Holocausto, a la suerte de los miles de mujeres y hombres represaliados durante el franquismo, se comprende mejor y adquiere mayor sentido ampliando el concepto de resentimiento que acuñase Olschanski y situando esta reacción política y social efectivamente no solo como un descontento de carácter exclusivamente económico, producto de una pluralidad de demandas frustradas, sino como un resentimiento para y con la memoria que trata de ser recuperada. El testimonio (individual y colectivo), como nos recuerdan algunas de nuestras autoras, se ha convertido en una forma específica de contrapoder en un escenario en el que la memoria sigue siendo, y quizás lo sea cada vez más en la era de los *alternative facts* —verdaderos ejecutores de una «memoria competitiva» en el peor sentido de la palabra—, sujeto de *on-going negotiation,* como clamase Michael Rothberg en *Multidirectional Memory,* uno de los trabajos en torno a la memoria actualmente más citados y reconocidos. Publicado en 2009 y precedente por tanto a la explosión política del trumpismo, anterior a la fundación de la mayoría de las plataformas políticas que hoy definimos como derechas alternativas, el trabajo de Rothberg reflexionaba en torno a un fenómeno —aquel de la competencia encarnizada de relatos y de sujetos victimarios y sujetos heroicos— que ha adquirido una magnitud infinitamente mayor en nuestros días.

El caso alemán nos dejaba en los últimos años un ejemplo paradigmático: habiendo aceptado responsabilidad colectiva como nación por los doce años de nazismo, calificados por la extrema derecha como una «caca de pájaro insignificante» en los mil años de historia germana, los alemanes tenían derecho a «admirar de nuevo

a sus cancilleres y emperadores». Se inauguraba así, de manera simbólica y desde las filas «alternativas» representantes en el parlamento alemán, un periodo de competencia, borrón y cuenta nueva que parecía legitimar la recuperación de un patriotismo belicoso que el pueblo alemán en su totalidad había ganado el derecho a rescatar. La memoria de la Shoah era puesta de esta manera en competición forzada con la sublimación del pasado imperial; la invitación de la extrema derecha aquel junio de 2018 no dejaba lugar a las dudas: la arqueología patriótica —volviendo a las palabras de Tecglen— requería enterrar el recuerdo de la Shoah en las arenas del olvido y sacar de nuevo a la luz a los cancilleres y a los emperadores.

Si bien tal fenómeno de la memoria competitiva no procede exclusivamente de la esfera de lo político, es necesario recordar que el espacio ideológico al que nos referimos, aquel de lo «alternativo», estimula particularmente esta construcción del presente y del pasado —y, por lo tanto, de la propia memoria— como un terreno en violenta disputa. Uno de los objetivos primordiales de estos movimientos políticos es la relativización ideológica de la verdad en sí misma. La recuperación de la memoria individual y colectiva, de la microhistoria, se convierte así en ejercicio indeseable susceptible de ser desarticulado por los enemigos de la memoria histórica —como apuntaba de manera casi profética Peter Pomerantsev al hablarnos de desmemoria y mentira en la política rusa contemporánea— cuando «nada es verdad y todo es posible».

La relativización politizada de cualquier posibilidad de verdad conduce inevitablemente a la desactivación de la memoria y a la sustitución de lo verdadero y del testimonio personal y colectivo por múltiples versiones de lo *fake,* de lo aparente o de lo políticamente conveniente. Marc Augé nos recordaba, al trabajar sobre diferentes formas de olvido en *Les formes de l'oubli,* que es necesario «ser como mínimo dos» para olvidar; la comunidad amnésica actual, articulada casi como «masa de olvido» —que habría podido decir un especialista en grandes multitudes, Elias Canetti— se antoja ostensiblemente más amplia con el crecimiento incontrolable de las derechas alternativas, haciendo del definido por Augé como ejercicio colectivo un acto cada vez más compartido. Quizás aquellos grandes *stocks* de materiales memorialísticos, inabarcables por demasiado nutridos, sobre los que ha reflexionado Fina Birulés en *¿La calma del pasado?* —producto de una ya identificada como industria de la memoria—, unidos a la pulsión de verdad alternativa de la extrema derecha, hayan creado un escenario particularmente hostil para la «pequeña historia» y el testimonio individual en el que no es difícil extraviarse; en el que resulta sencillo naufragar, especialmente si esta es la voluntad de algunos partidos que (desafortunadamente) ya nos gobiernan.

¿Nos hemos olvidado de nuevo de nuestro pasado, como anunciaba Primo Levi en *Los hundidos y los salvados*? ¿Nos encontramos, como sugería el escritor italiano, en un permanente presente de constitución inconexa, en el que cada vez resulta más

complicado aprehender no ya la veracidad del pasado, sino la del propio momento vivido, indiferenciable en ocasiones de su reconstrucción como narración tramposa? Aquellas falsificaciones *on the go* del pasado inmediato y del presente que protagonizase la consejera de Trump, Kellyanne Conway —en aquel famoso episodio que abría la puerta a la propia noción de los *alternative facts*—, evidencian que las palabras de Primo Levi admiten una reformulación en clave contemporánea: al olvido del pasado y del futuro que advertía el escritor sefardí habría que añadir un preocupante olvido del presente, un naufragio colectivo en el que lo aparente sustituye a lo verdadero y en el que de nuevo, como sugería hace unos años Pomerantsev para un contexto político que ya no nos resulta tan lejano, «todo es posible». La presentación política y su asimilación por parte de la sociedad de aquella «infinidad de posibilidades», formulada como «multiplicidad de pasados y presentes» en la que todo podría ocurrir o podría haber ocurrido, erradica definitivamente toda posibilidad de memoria, la anacroniza. El gesto de Conway, que despertó la indignación internacional puesto que suponía, de facto, la mayor normalización pública de la mentira institucional, se ha convertido en habitual en formaciones de equivalente perfil ideológico.

La política en el Estado español posee algunos ejemplos de resonada repercusión mediática que exigen ser contextualizados en el espacio propagandístico que representaba el recientemente desarmado trumpismo: reformular la memoria de las trece rosas, acusadas ahora desde las filas de la derecha extrema de ser «asesinas y violadoras», o reconstruir las lógicas de la sucesión monárquica en clave democrática —vinculándola a las urnas y no a los criterios de sucesión que imperan en la monarquía— suponen ejemplos claros de un mismo procedimiento de «arqueología» ideológica. Y lo que resulta más inquietante: la reconstrucción caprichosa del pasado y del presente han dejado de tener un coste político, como evidencia la consolidada presencia de partidos Alt-Right en todo Occidente. ¿Hemos normalizado definitivamente que nos mientan? ¿Se ha convertido el paradigma de lo *negroblanco* —olvidar que el blanco es blanco, afirmar que es negro e ignorar que alguna vez se creyó lo contrario— de la ficción de *1984* en una realidad que trasciende con creces las palabras de Levi y las advertencias de Orwell? Casos como el aquí mencionado suponen ejemplos paradigmáticos de un movimiento que confía —como explicaré más adelante— en el retorno de las «verdades orgánicas» que no respeta ya ni las verdades más ampliamente aceptadas como hechos incuestionables —el crimen de Estado de las trece rosas de nuestro ejemplo—, acercándonos a posibles veridicciones en las que quizás hasta la autoría del bombardeo sobre la villa de Gernika pueda ser de nuevo puesta en cuestión.

La imposición de desmemorias, de narraciones articuladas como verdaderos ejercicios orwelianos de lo *negroblanco,* no tiene otro objetivo que el de combatir, reformular y desactivar los procesos ciudadanos de empoderamiento colectivo: la

memoria de los pueblos, el avance de las políticas de igualdad, la revisión crítica del pasado colonial o las victorias ciudadanas sobre las que reflexionarán en nuestra publicación algunas de las autoras. Los textos aquí reunidos abarcan un amplio abanico de temáticas en torno al muy extenso concepto de la memoria no solo en el ámbito ibérico o relacionadas con el franquismo o la censura franquista. Las propuestas con las que contamos en nuestra publicación, lecturas complementarias y multidisciplinares, abarcan casos de estudio que van desde el movimiento estudiantil del 68 en México y la posterior narración institucional o «recuerdo oficial» de semejantes eventos —como la propuesta por Alberto López Cuenca— a la reflexión en torno a la economía de la memoria que ofrecen Silvina Schammah Gesser e Irene Rincón, perfectamente relacionadas con aquella «industria de la memoria» a la que hacíamos mención anteriormente.

Incluyen, en otros casos, reflexiones en torno a los llamados patrimonios incómodos y el debate sobre su posible reproducción y deslocalización, como plantea la investigación de Haizea Barcenilla; recurren a las «memorias entrelazadas» sobre las que discurre el texto propuesto por Jasmin Wrobel, por citar solo algunos ejemplos entre las muy diversas pero muy relacionadas propuestas de este libro. Trascienden, con mucho, el espacio específico de la memoria en tiempos de desmemoria sobre el que reflexiona esta introducción, pero se ubican y admiten una mayor riqueza de lecturas en el contexto político conflictivo al que nos hemos referido en estas líneas.

La dificultad para «adquirir memoria», como constataba Birulés en 2001 en el texto al que hacíamos mención anteriormente, parece haberse complicado exponencialmente en estos últimos veinte años. La experiencia multidisciplinar y diversa de las autoras, entre las que se encuentran comisarias, artistas, académicas y coordinadoras de exposiciones, facilita la obtención de una perspectiva de amplio espectro cuando más lo necesitamos: con seguridad, y como recordaba en un ejercicio de reflexión nada desacertado y profundamente inquietante la profesora y escritora Zeynep Tufekci tras la debacle de Trump, el próximo gran autoritario y enemigo político de la memoria y la verdad será mucho más competente y difícil de derrotar.[1]

[1] La presente publicación forma parte de los proyectos: PID2021-125952NB-I00 (Ministerio de Ciencia e Innovación), IT 1579-22 (Gobierno Vasco) y US 21/15 (UPV/EHU) que desarrolla el grupo de investigación MHLI (Memoria Histórica en las Literaturas Ibéricas) de la Universidad del País Vasco-Euskal Herriko Unibertsitatea.